

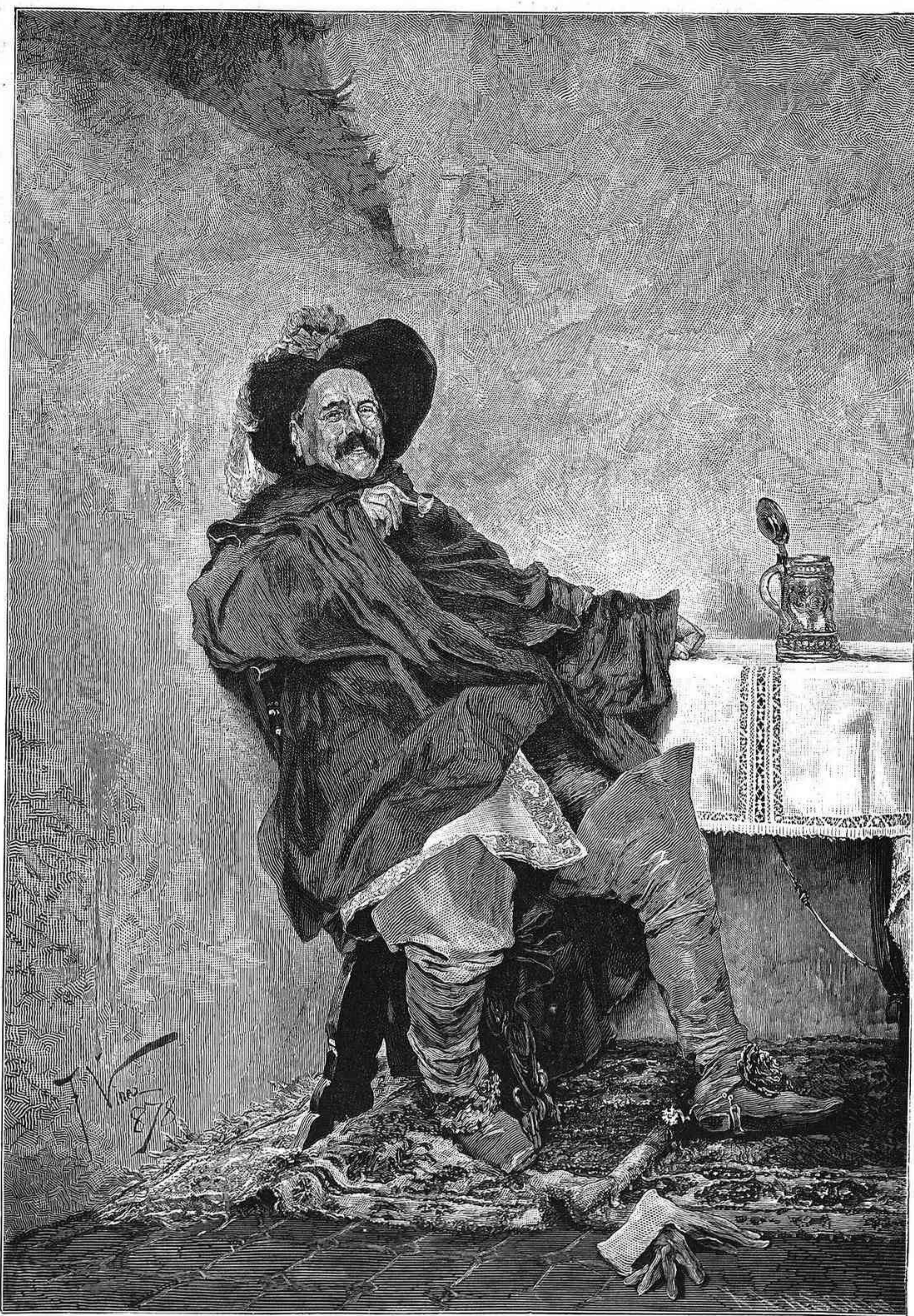


AÑO II

← BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1883 →

Núm. 103

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea



## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por D. Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL PREMIO GRANDE (*conclusion*), por D. J. Tomás y Salvany.—LAS NARIQUES DE SU ALTEZA, por don Carlos Cuello.—CRÓNICA CIENTÍFICA.—MÁQUINA DE VAPOR SIN FUEGO Y SIN HUMO, por don José Echegaray.

GRABADOS.—EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea.—¿ME AMA? cuadro por W. Amberg.—MARGARITA HARTSTEIN CONDUcida AL SUPLICIO, cuadro por P. Ouderaa.—GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Carlier.—LA LECTURA, cuadro por la Srta. Diana Coomans.—Lámina suelta: GITANOS HÚNGAROS, cuadro por F. Bohm.

## REVISTA DE MADRID

Mi refugio contra el mal humor.—La plana de anuncios.—Compendio de la vida.—El llanto sobre un sombrero.—Arderius regenerador del arte dramático.—Muerte de *El roble herido*.—Germen de *La pasionaria*.

Cuando la baja temperatura me retiene soñoliento y perezoso junto a la chimenea; cuando recibo ingratitudes de algún amigo, ó surgen terribles desengaños en el curso de mi vida; en esos momentos de humor atrabiliario en que instintivamente sentimos el vacío dentro de nuestra alma; en esas horas tristes de la existencia en que parecemos sombras destinadas á purgar en este mundo faltas no cometidas, en que la naturaleza carece de encantos, y la buena música fatiga nuestro tímpano como si fuera insoportable ruido, y el mejor libro nos causa bostezos; en esos instantes en que consideramos la filosofía como fárrago insustancial é indigesto, y la astronomía nos parece hipótesis incierta, la geología una suposición aventurada, la moral hipocresía, el arte convencionalismo; en que tenemos el sentido de lo bello tan embotado que nos comeríamos mondana la poética manzana de París y veríamos con gusto freirse la simpática alondra que vigilaba los amores de Romeo y Julieta de Shakespeare;... cuando todas estas sensaciones desagradables me acometen, suelo hallar un eficaz lenitivo á mis pesares recorriendo con la vista indolentemente las accidentadas planas de anuncios de los periódicos.

Una sección de esta naturaleza vale entonces para mí mucho más que una medicina y que un buen consejo. Hallo en ella lo que no encontraría en la distracción más absorbente.

Una sección de anuncios es una enciclopedia inagotable de hechos, de ideas, de recuerdos, de esperanzas, de todo cuanto germine y haya germinado en la mente y en el corazón humano.

Vida y muerte, risas y llanto, miseria y altivez, ciencia y charlatanismo, arte y rutina, nimiedades que parecen algo y *algos* que parecen *nada*, vicios sociales, recuerdos históricos, la humanidad entera, en una palabra, desde los antiguos tiempos hasta nuestros días, se presenta estereotipada en aquel casillero de letras y de palabras á tanto la línea.

\* \*

Aquí una orla negra y una cruz en medio, seguida de un nombre y una serie de mundanales títulos, me recuerdan que la vanidad humana ni siquiera cede su imperio ante la tumba.

Allá una almoneda de muebles de lujo despierta en mí la idea de los adelantos de la industria. Y evoco el progreso y retrocedo á los antiguos tiempos, y asisto mentalmente á los ensayos, á los tanteos, á las vigilias que ha tenido que realizar el hombre para llegar á esa perfección de formas y de comodidades que ahora notamos en los muebles modernos. ¡Y luego, las consideraciones filosófico-morales á que se presta la tal almoneda!... ¡Qué infinidad de bellezas se habrán sentado en aquellas sillas! ¡Cuántos misterios se habrán contenido en aquellos armarios! ¡De qué inefables dichas, de qué inocentes quejidos, de qué trances de muerte habrá sido testigo aquella cama! La historia entera de una familia, ó de varias, se ha desarrollado en aquellas tablas. El nacimiento con las *dolorosas* sonrisas maternales, el himeneo, con los pudorosos escrúpulos, la muerte con su cadavérica faz y el amarillento resplandor de los blandones...

En otra parte la venta de una carretela, de un palacio, me indican tal vez una vida entregada á la disipación, á la locura, al desenfreno. Una riqueza que se ha extinguido; una luz que se ha apagado; un cigarro que ha ardidido hasta la colilla, y del cual no quedan ya más que cenizas.

Allá leo: *Se ha extraviado un perro*, etc., y digo: «Es fácil que se encuentre.»

Y más abajo: *Se ha perdido una cartera con billetes de Banco*, y exclamo:

—Probablemente no se encontrará.

En otra parte dice: *Salida del vapor tal ó cual haciendo escala en Suez*. Y aparece de repente ante mi vista toda la antigua civilización egipcia, con sus momias, sus cocodrilos sagrados, su culto á la muerte, sus monolitos. Fíjome el inmenso poder de los Faraones, la castidad de José, los ardorosos ímpetus de la esposa de Putifar, la funesta hermosura de Cleopatra. Y además recuerdo á los primeros navegantes, á los audaces exploradores españoles y portugueses, á Vasco de Gama, á Sebastian Elcano, á Colon, á Hernán Cortés, á Pizarro, á los atrevidos holandeses, á los exploradores del Polo, y á Julio Verne, en fin, cuyos preciosos libros supongo que serán conocidos de todos mis lectores.

Allá un jarabe especial que tiene propiedades para curar todas las dolencias. El doctor Garrido flota en esta parte de la sección de anuncios entre nimbos de gloria. La tierra puede ser un paraíso, acudiendo á los especi-

ficos del ruidoso farmacéutico.... En otro lado se anuncia una de las cosas más peliagudas, *¡el aceite de bellotas!*

A un extremo, tal ó cual tendero que cansado de buscar fórmulas para atraer al público, vendiéndole géneros de mezcla de algodón por lana y usando varas cercenadas por varas enteras, acude al recurso de que se valen ciertos partidos políticos para ocultar sus miserias, y en tono de manifiesto al país empieza un pomposo anuncio de este modo: *¡Madrileños!* etc.

Una joven doncella se ofrece para ama de cría, y ante este ofrecimiento la moral se cubre la cara yendo á ofrecer sus servicios á otra parte.

*Se compran cajas vacías de tabacos habanos...* ¡Te veo! mañana mismo me las ofrecerás llenas de cigarros argelinos, pretendiendo hacerlos pasar por legítimos de la Vuelta de Abajo!

¡Y esa pobre mujer que implora en dos lacónicos renglones la caridad pública!

¡Oh! no temáis; á esa no la llevarán al asilo del Pardo. Ha tenido diez y seis ó veinte reales para exhibir en letras de molde su miseria, y esto basta para que se la considere como privilegiada. Las palabras de un anuncio no tienen harapos; y los trapos rotos son precisamente los únicos objetos repulsivos á nuestra sociedad positivista. Cubrid la fealdad moral con crujiente seda y hallareis quien la envidie; presentad la belleza del alma con jirones y zapatos rotos, y la atropellarán cocheros, la silbarán chiquillos, la rechazarán hombres y la llevarán presa agentes de orden público.

Nada de esto le ocurrirá á la infeliz mujer del anuncio; pero en cambio, al día siguiente recibirá visitas oficiosas, tendrá que contestar interrogatorios suspicaces, y á vueltas de alguna que otra limosna noble, anónima, desconocida, sufrirá humillaciones sin cuento y vergüenzas infinitas.

Aquí una señora sola recibe uno ó dos pupilos. *Se advierte que no es casa de huéspedes...* Pero es de fijo la casa de la viuda de un coronel ó de un intendente. Esta misma señora es la que asiste todas las noches al café cantante, donde saborea á la vez una zarzuela y media tostada de arriba: es la que se olvida de dar el chocolate á sus pupilos porque la entretiene la modista con sus perifollos ó la peinadora con su tocado; la que hace frecuentes visitas al Monte de Piedad y á las casas de préstamos, y la que alimenta dos pasiones arrebatadoras: una por un pollo (casi hombre) y otra por un perro faldero (animal) ó vice-versa.

\* \*

Días pasados me conmoví profundamente leyendo varios anuncios.

Uno de ellos decía:

«Al que entregare á D. Alfonso I P un sombrero viejo, muy viejo, roto, muy estropeado y sin forro, se le gratificará generosamente por ser el único y antiguo recuerdo de una hidalga familia.»

¿Habrá elegía, habrá sonata, habrá pintura que pueda expresar fielmente el dolor de que están impregnados estos renglones?

¡La melancolía de un alma aristocrática, el despecho de los sombrereros, el dulce regocijo de los traficantes en trapos viejos... todo esto lo habrá alumbrado el sol en un mismo día!

Confieso un perverso impulso. Durante unos minutos acaricié la idea de abollar mi sombrero, quitarle el forro y hacerle cómplice de una superchería.

Deseaba interrogar á D. Alfonso, penetrar los secretos íntimos de aquella hidalga familia sin cabeza, pero con sombrero, y sacar de todo ello un argumento para una novela, un drama ó una zarzuela bufa.

Pero me contuve: ví que mi sombrero no tenía el superlativo grado de vejez que se reclamaba, y recordé al mismo tiempo que ya es algo tarde para escribir en bufo.

\* \*

Las almas mejor templadas suelen tener momentos débiles. Carlos V se asustó á la vista de un cometa. Arderius que fué el gran pontífice de Momo en otros tiempos ha cambiado ahora de conducta: cultiva el arte serio; tiene una compañía compuesta de algunos actores de primer orden, y opondrá al éxito de *San Franco de Sena* en Apolo, las obras dramáticas de nuestros primeros autores.

Su intención es laudable. No le falta más que suerte. Y no la ha tenido buena con la primera obra que ha estrenado.

Titulábase *El roble herido* y pasó á ser en la noche del estreno el *roble muerto*.

Sobre las astillas de este árbol se levantará muy pronto *La pasionaria* de Leopoldo Cano.

¿Es buena?... ¿es mala? Sólo sé que corren de ese drama excelentes noticias.

¡Ojalá logre esa *pasionaria* apasionar al público!

PEDRO BOFILL

## NUESTROS GRABADOS

EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea

Buen talante, buen humor, buena espada: hé aquí á Molena, capitán de los tercios de Flandes, á las órdenes del inflexible Duque de Alba. De él ha aprendido á hacerse temer de sus subordinados, á los cuales, sin menoscabo de S. M. Católica, ha franqueado las bodegas de distintos conventos. Bebe como un tudesco, se bate como un francés y galantea como un español: no hay tabernero,

duelista, ni dama, que no conozcan su bolsa, sus estocadas ó sus chicoleos. El mundo entero le es patria, ó mejor dicho, cualquier país es para él tierra de conquista ó de Jauja: algunas veces se extingue su bolsa, raras veces su sed, nunca su buen humor. Juega como el Estudiante de Salamanca, monta como un centauro, jura como un renegado, canta como un sevillano, caza como un tirolés, y lo mismo pide prestado á los judíos, que les escolta hasta dar con ellos en las hogueras del Santo Oficio.

Tal es el tipo de nuestro grabado; y ciertamente ha de concederse que raras veces el artista ha acertado, como en este caso, al dar forma á un ideal cuyo inspirador pertenece á la historia.

¿ME AMA?... cuadro por W. Amberg

La humanidad tiene necesidad absoluta de creer. Esta necesidad bastaría por sí sola á distinguirla y hacerla especie única entre todas las especies. Cuando esas creencias toman una inclinación torcida, se producen sensibles alteraciones en el claro juicio de los individuos, y de aquí las supersticiones ridículas de brujas y trasgos y las más comunes de que no es prudente comer trece individuos en una misma mesa, ni acometer empresa alguna en mártres, con otra porción de necedades por el estilo, prohibidas por gentes que parecen serias.

Las mujeres son más propensas que los hombres á esas debilidades, y las niñas enamoradas incurren frecuentemente en la tontería de interrogar al porvenir, valiéndose de medios que con frecuencia son causa de graves conflictos. Uno de esos medios, y por cierto de los más inocentes, es consultar á las flores, que según se deshojan en esta ó aquella forma, contestan afirmativa ó negativamente á la pregunta que se las dirige. Esta consulta viene haciendo la joven de nuestro cuadro, tipo cándido, que practica el acto supersticioso con una ingenuidad que nos inclina á perdonárselo. ¿Acaso no es circunstancia eximente de pena la perturbación que en el alma producen los impulsos de un primer amor?

Margarita Hartstein conducida al suplicio, cuadro por P. Ouderaa

En 1555 hallábase Amberes ocupada por los españoles. Una mujer, desgraciadamente hermosa, inspiró á cierto médico, apellidado Abanzo, una de esas pasiones que todo lo atropellan. Un día el médico apareció asesinado: Margarita, la dama que inspiró aquella pasión, se confesó autora del crimen, al cual hubo de apelar, según dijo, para salvarse de la deshonra. Los jueces hicieron caso omiso de esta circunstancia, y la homicida fué condenada á perecer en la hoguera.

La pobre sentenciada se ha detenido ante un calvario para dirigir al cielo su plegaria de agonizante; pero el terror, el instinto de conservación, son en la joven superiores á la piedad, y en lugar de dirigir la vista al Dios que también pereció en un patíbulo, la vuelve á pesar suyo hácia el verdugo, que corresponde á esa mirada suprema con otra mirada de brutal indiferencia.

Los demás personajes del cuadro están perfectamente en situación: el semblante compasivo de las mujeres que acompañan á la víctima, contrasta con la dureza de alguno de los soldados que la custodian; al paso que el de la muchedumbre recorre todos los tonos, desde el de la simpatía hasta el de la simple curiosidad. El lugar de la escena está perfectamente escogido y la impresión producida por el conjunto es tan triste como el asunto que ha inspirado la composición.

GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Carlier

El autor de este precioso trabajo, que ha llamado poderosamente la atención pública en la última exposición francesa trienal, ha dado forma plástica al problema del dominio del mundo, exponiendo las dos fuerzas que se lo disputan, una con los simples recursos de la fuerza bruta, otra con el auxilio de la inteligencia, que domina las más comprometidas situaciones. Es, en rigor, el combate eterno entre la materia y el espíritu, entre la ignorancia y la ilustración, entre lo que destruye y lo que crea.

La idea de simbolizar la fuerza material por medio del pulpo, uno de los monstruos más repugnantes y de más inferior orden en la escala de la creación, y la fuerza intelectual ó raciocinio por medio de un joven enamorado, que lleva á cabo por sí solo una empresa arriesgadísima; esta idea, decimos, no es original de Carlier: el escultor la ha tomado de un admirable capítulo de la novela de Víctor Hugo, titulada *Los Trabajadores del mar*. Ello, empero, no disminuye el mérito del artista que ha ejecutado el pensamiento con verdadera maestría. Si el monstruo marino ha sido bien estudiado del natural, la expresión y actitud del animoso Gilliat son felicísimas, pues sin ocultar el terror que le inspira su enemigo, revelan que la razón produce la serenidad y que el cálculo, ó sea la inteligencia, obtendrá el triunfo sobre la materia bruta.

LA LECTURA, cuadro por Diana Coomans

La época actual, caracterizada principalmente por los notables adelantos en las ciencias y en la industria, es también notable por el desarrollo que adquieren las bellas artes y por el entusiasmo con que á ellas se consagran así los artistas como los aficionados de todos los países. En este feliz impulso no podía quedar rezagada la más bella mitad del género humano, y así como en los siglos XVI y XVII descollaron eminentes pintoras, en el tiempo presente no faltan tampoco entusiastas damas que se dedican



con afán al noble arte de la pintura. Más de una vez hemos insertado en nuestra ILUSTRACION copias de cuadros de algunas de ellas, y en el presente número damos la de un bonito lienzo de la señorita Coomans, que si en realidad no es una obra perfecta, revela en su autora envidiable aptitud y conocimientos nada comunes. Y en efecto, la dama romana que lee con profunda atención los caracteres estampados en el *papyrus*, está trazada con soltura, los pliegues del ropaje muy bien entendidos, los muebles y demás accesorios son característicos de la época, y en todo el conjunto parece reinar un ambiente que nos traslada á Pompeya, ó Tivoli ó á las preciosas quintas del Agro romano de aquella apartada época.

**GITANOS HÚNGAROS**, cuadro por F. Bohm

Nada más cierto que el que en este mundo no se contenta es porque no quiere. El autor de este cuadro ha tratado de demostrárnoslo.

La familia que tan alegremente pasa el rato, tiene bien poco que agradecer á la suerte. Su vivienda es más que humilde, su traje apenas es el preciso para cubrir su desnudez: hay en el aduar, probablemente, ménos pan que buen apetito y, para colmo de desdicha, los miembros de esa familia pertenecen á la raza universalmente despreciada. A pesar de todo hay buen humor por lo visto, y este buen humor da lugar á una escena agradable, pintada por Bohm con singular maestría.

**LAS NARICES DE SU ALTEZA**

(Cuento popular)

POR DON CARLOS COELLO

I

Un precioso códice del siglo XIII y otros documentos curiosísimos que hemos tenido recientemente ocasion de registrar en el famoso archivo del Haya, en la Biblioteca Nacional de Paris, en la de El Escorial, y en otras particulares nos permiten referir á los lectores de *La Ilustracion Artística* esta extraña historieta.

Pero no pasaremos adelante sin hacer aquí pública nuestra gratitud hácia nuestros doctos y buenos amigos los señores D. Aureliano Fernandez Guerra y D. Marcelino Menendez Pelayo que con su bazaría acostumbrada nos han proporcionado más datos de los necesarios para aderezar nuestra relacion, algunos de los cuales han tenido la esplendidez de regalarnos, teniéndonos nosotros á la vista miéntras escribimos y á la disposicion del lector curioso (y más que curioso) que quiera tomarse la molestia de examinarlos.

II

El códice de que hablamos en primer lugar, gallardamente escrito sobre pergamino con variadas y brillantes letras de colores, no permite dudar al historiador moderno, por desconfiado que sea, de que aquel famoso Rey que rabió de feo y Maricastaña, su augusta esposa, fundaron la ciudad de Bábía é hicieron de ella la capital de su ilustre monarquía.

Como las dichas de este pícaro mundo no son nunca completas, aquellos señores que, salvo la supina fealdad del marido, no tenían más que motivos de felicidad, vieron transcurrir diez y ocho años de venturoso consorcio sin masculina sucesion directa. Tenia en cambio el Rey que rabió una hija, blanca como la leche, coloradita como una manzana y hermosa como un sol, que, fuera de las naturales preocupaciones de rey, le consolaba de la falta del hijo varon que no quiso concederle el cielo.

No parecería bien que historiadores formales como nosotros hiciesen ni siquiera mencion aquí de la absurda fábula inventada y propalada por romancistas sin conciencia y en la cual se supone que el Rey que rabió, ó, para hablar con más propiedad, la reina su mujer tuvo ántes de la princesa Rosalinda, semi heroína de esta historia, otras tres hijas metidas en tres botijas y arrojadas al mar de real órden de su augusto padre. Los que levantan tan feroz calumnia á aquel modelo de padres cariñosos, de esposos pacíficos y de reyes constitucionales, procuran fundar su atrevido aserto en la fealdad de las tres embotijadas criaturas, sostienen que eran el vivo retrato de su padre, que este no se había dado cabal razon hasta entónces de lo refsísimo que era, que entónces había rabiado por primera vez y que con objeto de quitar de la circulacion pública aquellas fotografías suyas, vamos al decir, se resolvió á romper el *cliché* para evitar que de ellas saliesen al mundo nuevas reproducciones.

Nos guardaremos muy bien de detenernos á combatir semejantes absurdos. Hay cosas indignas de refutacion.

III

Rosalinda, ya lo hemos dicho, no se parecia en nada á su padre: era una criatura encantadora y

traía embobado á todo Bábía, muy especialmente al gran Cardona, Ministro universal del Rey que rabió, hombre de apuesta figura y tan listo como la fama pregonera se ha encargado de asegurar.

Tenia Cardona por Rosalinda, de quien era padrino (honor que la corte juzgó oportuno concederle cuando nació la princesa, como justo galardón de sus servicios en el ministerio y en la cámara) un afecto verdaderamente paternal. Aquel especie de Bismarck de Bábía, sobre quien pesaba la resolucion y responsabilidad de todos los negocios de Estado, se miraba en los ojos de la princesita y no encontraba descanso mejor ni mayor placer despues de una conferencia diplomática de catorce horas ó de una sesion de esas que no se acaban nunca, que irse á palacio, coger á Rosalinda, sentarla sobre sus rodillas como si fuera una niña de cuatro ó cinco años y pasarse el tiempo sin sentir hablando con ella, más casi que por hablarla por comérsela con los ojos, por respirar aquel sabroso y purísimo aliento y por completar su alma con aquel sér que era lo primero del mundo para el excelentísimo señor.

Cuando Rosalinda era muchacha y el ministro estaba ménos gordo y pesado, cuentan las crónicas de aquel bendito país que Cardona jugaba con Rosalinda al escondite, al molinete y á la comba; y añaden que cuando S. A. se cansaba de estos juegos agitados y fatigosos, el favorito de sus padres se ponía á cuatro piés y la paseaba por los régios salones del alcázar haciendo de caballito y pifando y cabeceando en toda regla ni más ni ménos que hacia Enrique IV de Francia con sus hijos, hubiera ó no embajadores delante.

El Rey que rabió se explicaba perfectamente estas preferencias y atenciones del Ministro hácia la princesa por su adhesion y amor á la monarquía; y la reina Maricastaña, que adoraba en su hija, lo que hubiera extrañado es que el ministro se comportase de otra manera.

IV

Apénas cumplió los quince años la hermosa Rosalinda, dijo Cardona á sus padres: «Llegó la ocasion de casar á Su Alteza.» El rey se conformó, como siempre, con la opinion de su ilustre consejero y la Reina consideró el consejo sumamente oportuno.

Peró ¿con quién casaban á la princesa? Así como otros padres no encuentran novio para su hija buscándole por todos los rincones del mundo, los padres de nuestra historia experimentaban la dificultad que los franceses con frase exacta y concisa sin verdadera traduccion en castellano llaman *l'embarras du choix*. Era tan grande la fama de la belleza, de la discrecion, de las virtudes y del soberbio dote de la novia, que todas las familias imperiales y reales del mundo se disputaban el honor y la ventaja de entroncar con la del Rey que rabió. Tal era el número de cartas de soberanos, príncipes y duques reinantes, que, apénas conocida la resolucion de casar á la princesa llovieron en la Secretaría de Estado, que al oficial encargado de abrir los sobres se le hincharon los dedos índice y pulgar de la mano derecha, y dos jóvenes de lenguas empleados en la interpretacion de *idem* tuvieron malas las suyas respectivas de tanto y tanto traducir y leer en voz alta para que el ministro, que, naturalmente, no poseía todos los idiomas del mundo, comprendiese aquel galimatías amoroso-diplomático.

Rosalinda, que era una muchacha inocente como pocas, sólo puso una condicion para casarse cuando se le habló de marido: que el novio fuese joven y guapo. Rosalinda sabía por una de sus camaristas que de los padres feos suelen nacer hijos espantosos y ella no queria echar al mundo diablos sino angelitos. Decíale su padre que, á veces, del marido y de la mujer más arrogantes y más hermosos nacen chiquillos descuchumizados y entecos, así como no es extraordinario que de un padre feo de verdad nazca un hijo bonito de véras, y el Rey que rabió ponía á su hija el ejemplo de lo sucedido en su casa; pero la reina Maricastaña, mujer muy experimentada y previsora, afirmaba ser lo más seguro para la paz del matrimonio y para el cumplimiento de los deseos de la princesita que ésta se casara con hombre á su gusto.

V

Los lectores de la *Ilustracion Artística* formarian bien pobre idea de Cardona si yo no les dijese que tenía ya hecha su eleccion desde el punto y hora en que comenzó todo aquel tejemaneje.

El reino de Bábía, muy rico en agricultura y por consiguiente en ganados, tenía pocos y malísimos puertos de mar; y tanto para el caso de una guerra como para las continuas necesidades de la industria y del comercio, conveníale la alianza con un Estado poseedor de lo que en él escaseaba.

El ministro responsable se fijó desde luégo en la vecina isla de Trapobana, cuyo monarca estaba ya viejo y achacoso y cuyo príncipe era muchacho de valor, de ingenio, de excelentes prendas de carácter y de una belleza física perfecta, segun testimonio de cuantos trapobaneses habían pasado por Bábía.

Cardona idolatraba á la princesa y lo primero para él era la felicidad de Rosalinda, claro está; pero Cardona, como hombre de Estado, no podía tampoco descuidar la felicidad y el porvenir del país donde había nacido y cuyos destinos regía (y repartía) desde tan antiguo.

Bien examinado todo, resultó siempre indudable para el ministro que Rosalinda debía casarse con Pino de Oro: primero, porque este reunía las condiciones necesarias para hacerla venturosa, y segundo, porque á la muerte del Rey que rabió y heredando Rosalinda el trono de Bábía necesitaba un marido capaz de regir monarquía tan importante y á quien el pueblo pudiera disculpar su calidad de extranjero con la idea de que Bábía y Trapobana, aliadas y gobernadas por un mismo rey, iban á merendarse á cuantas naciones del mundo se permitieran alzarles el gallo. Rosalinda, encantada con las buenas noticias que recibía de la apostura de Pino de Oro, aguardaba con impaciencia el retrato que en tales casos es de ritual que manden los novios á sus prometidas; los Reyes veían con gusto que su hija se inclinase á lo que, segun Cardona, iba á estarle mejor, y ya se felicitaba éste del buen resultado de sus planes, cuando la llegada de la dichosa miniatura vino á derribar el edificio de sus ensueños como un débil castillo de naipes.

Pino de Oro, el hermoso Pino de Oro, el ponderado Pino de Oro era buen mozo y de elegante porte; pero tenía unas narices que excedían bastante del tamaño usual y corriente. Indudablemente en Trapobana gustaban las narices largas y robustas y allí las del príncipe harían un soberbio papel; pero en Bábía había sobre ese punto aspiraciones más modestas y Cardona comprendió desde luégo que si Rosalinda llegaba á ver aquel retrato el asunto estaba perdido. Llegó hasta á hablar solo y á decir: «¡Despues de tantas y tantas ponderaciones salir ahora con esto! No puede ser: le parecería mil veces peor de lo que es en realidad y estas narices, respetables de suyo, se aumentarían á sus ojos.

»¡Malditas sean las ponderaciones! En fin, esta boda es conveniente bajo muchos aspectos y yo no soy hombre que retroceda porque unas narices, aunque sean tan grandes como estas, se interpongan en su camino.»

(Continuad)

EL PREMIO GRANDE

(Conclusion)

VIII

Don Justo y su hija abandonaron la fonda de los *Leones de Oro*, donde provisionalmente se hospedaban, habiendo tomado un cuarto tercero en la calle del Cármen, junto á la plaza del Callao, por casualidad casi enfrente de una linda, si bien no espaciosa casita en construccion, que recordó á Lucía ciertas palabras de Julia.

A las dos de una hermosa tarde, hallábase la doncella asomada al balcon, sumida en mil opuestas reflexiones y contemplando la susodicha obra, cuando desde dentro la llamaron para poner en sus manos una carta. Lucía rompió el sobre con precipitacion y leyó, radiante de alegría; la carta estaba fechada en Paris, era de Miguel y anunciaba que dentro de cuarenta y ocho horas iría personalmente á ofrecerle nombre y vida.

—De suerte que pasado mañana... ¡Ah! no, no,—balbucoé Lucía,—si en él existiera doblez, si fuesen ciertas las insinuaciones de Clara, Miguel no volvería á mi lado.

Apénas D. Justo entró en su casa, al salir de la oficina, se encontró con dos brazos al cuello y unos labios en el rostro: era Lucía que, loca de contento, volaba á darle la feliz noticia.

—Sin embargo, hija mia, hay que pedirle explicaciones,—profirió D. Justo con alguna severidad.

—Pero, papá, ¿qué más explicaciones que esta carta? Léela.

—Está bien; pasado mañana saldremos de dudas. En efecto, á las nueve de la mañana del indicado día, Miguel dió á D. Fernando y á Rosa el abrazo prometido.

—¿Y Lucía?—preguntó á su hermana.

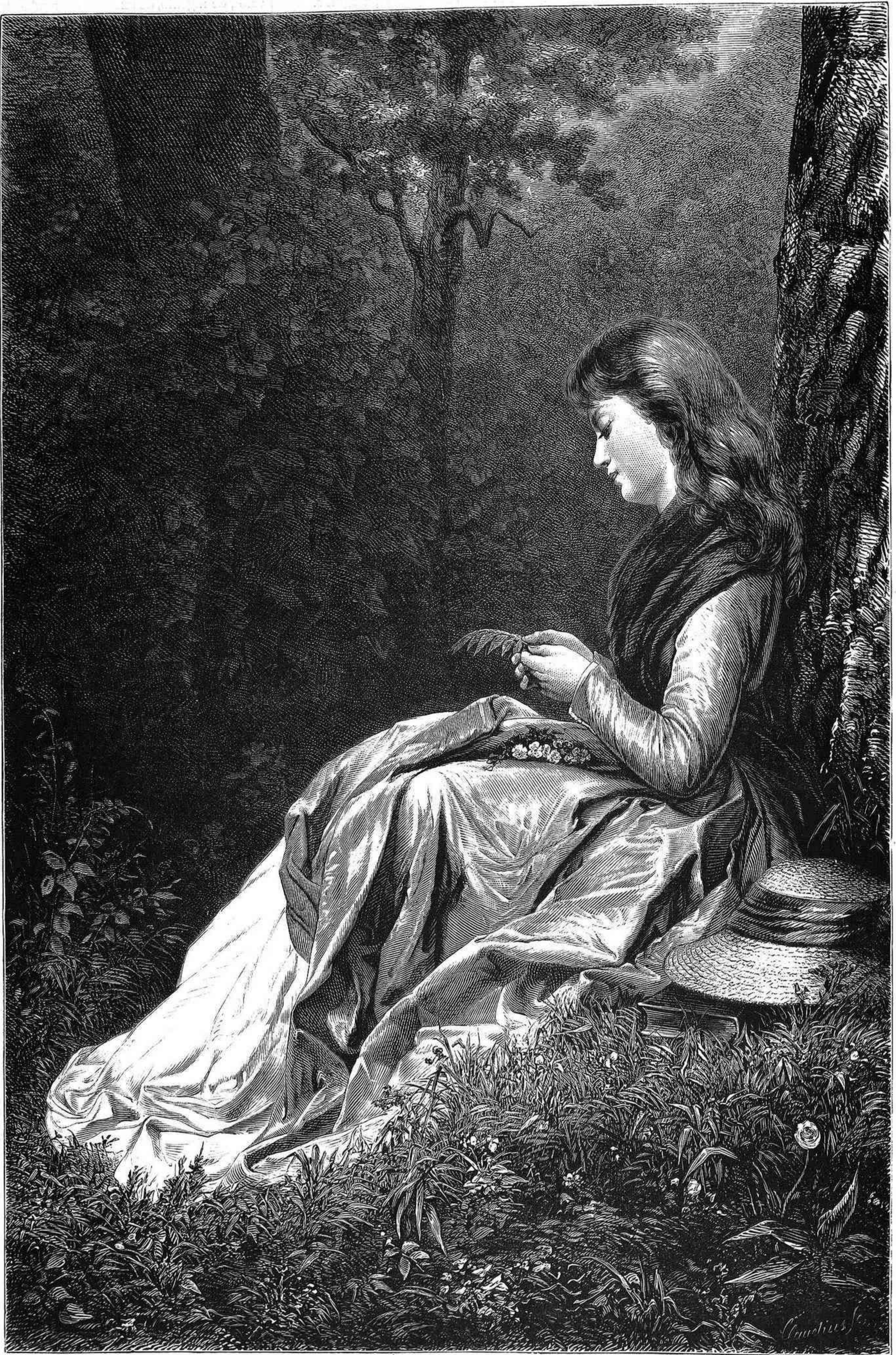
—Buena; la otra semana estuvo aquí.

—¿Cómo desco verla!

—¿No te extraña encontrarla en Madrid? La dejaste en Toledo.

—Me telegrafieron á Lóndres la reposicion de D. Justo.





¿ME AMA?... cuadro por W. Amberg









GITANOS HUNGAROS, CUADRO POR F. BOHM









MARGARITA HARTSTEIN CONDUcida AL SUPLICIO, copia del celebrado cuadro de P. Ouderaa

El Jan der OUDERAA



—¡Torpe de mí!—repuso Rosa.—Olvidaba que entre novios no hay secretos.

—Segun y conforme,—masculló Miguel.

Y apenas se hubo ó le hubieron quitado el polvo del viaje, sin almorzar, se lanzó á la calle.

Lucía le esperaba impaciente; mas con gran sorpresa suya y de D. Justo, Miguel no pareció en todo el día. ¿Adónde había ido? ¿A ver á la ministra? Quizás. Lucía estaba en ascuas.

Por fin, á las nueve de la noche, el jóven, elegantemente vestido, luciendo el reloj y la leontina objeto de la punzante curiosidad de Clara, se presentó en casa de D. Justo.

La recepcion no fué tan cordial como lo hubiera sido por la mañana: el padre estaba amoscado; la hija, nerviosa.

—¿Cuándo ha llegado V.?—preguntó el primero.

—Esta mañana, á las ocho y veinte, con cinco minutos de retraso, paraba el tren en la estacion.

—¿Cómo no viniste ántes?—preguntó callandito Lucía.

—Ocupaciones; ya te contaré.

—Jóven, tenemos que hablar,—repuso D. Justo.

—Mañana,—respondió Miguel.

—¿Mañana? ¿Por qué no hoy?

—Me es absolutamente imposible. Crea V. que no deseo otra cosa.

—Está bien; mañana ¿á qué hora?

—Por la tarde, á las tres.

D. Justo, algo contrariado, se puso á leer *La Correspondencia*. El jóven, muy quedado, dijo á su amada:

—¿Te gustaria ser condesa? No ignoras que tu padre tiene derecho al título, con sólo pagar...

—¡Ambicioso!—replicó Lucía.—Lo que tú quieres es llamarte conde.

—¿Yo? Demasiado conoces mis ideas sobre el particular: respeto, como intereses creados, los títulos antiguos; pero si de mí dependiera, aboliría los modernos; no venero otras noblezas que la del entendimiento y la del alma. Bajo este punto de vista, á tí te considero una princesa; con todo, si tú quieres ante el mundo...

—No,—interrumpió discretamente Lucía;—nobleza obliga, y hartas obligaciones tenemos que cumplir en esta vida. Luégo, los tiempos han cambiado, y á nosotros nos toca cambiar con ellos. Lo que ayer fué grande, hoy pudiera ser ridículo. En nuestra edad, á los títulos nobiliarios no se les respeta, se les tolera y nada más. Finalmente, yo soy pobre y no podria... Un título mal llevado ántes envilece que encumbra.

—Siendo así, hasta mañana.

—¡Cómo! ¿Ya te vas?

—Tengo que hacer.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Pero ¿no me cuentas...

—¡Imposible! No hay tiempo.

—Son las diez. ¿Puede saberse adónde te diriges?

—Sí, con tal que lo calles; voy á ver al ministro de Hacienda.

—¡A la ministra querrás decir!—pensó Lucía.

Y no pudo pegar los ojos en toda la noche.

## IX

La siguiente visita fué decisiva. Miguel sacó de los bolsillos del gaban varias cajitas que, oportunamente examinadas, resultaron contener un magnífico aderezo y algunas preciosas chucherías. Las cajas llevaban la etiqueta de Ansorena. Eran los quince mil duros de que hablara Julia, convertidos en topacios, esmeraldas, perlas y brillantes, labrados con primor y artísticamente montados en oro y esmaltes.

Miguel estaba radiante de orgullo y ebrio de satisfaccion.

—¿Qué significa eso?—le preguntaron.

El jóven, aunque nacido en Madrid, era oriundo de la provincia de Santander, y respondió usando una interjeccion de su país:

—¡Otra! Es el regalo de boda. ¿No me caso con Lucía?

En aquel momento llamaron á la puerta, y dos dependientes de una tienda principal trajeron un juego de costosa mantelería.

Lucía se hallaba como quien ve visiones; el mismo D. Justo creía estar soñando. Ya iba á tomar la palabra cuando el jóven le atajó:

—Aún no he concluido,—dijo. Y añadió, desdoblado un papel:

—Voy á leer á Vds. el borrador de la escritura de esponsales. Vds. dirán si les acomoda.

Segun aquel contrato, Miguel dotaba á Lucía en dos millones de reales, reservándose para sí el resto de su fortuna, pues no queria, segun dijo, que ni su padre ni su hermana careciesen de cierto bienestar.

—¿A cuánto ascenderá el resto de la fortuna de usted?—le preguntó D. Justo.

—A otros dos millones, próximamente,—respondió Miguel.

El padre dirigió á la hija una mirada significativa. Lucía, levantándose, so pretexto de dar algunas órdenes domésticas, salió de la estancia.

Apénas quedaron solos, el hombre maduro dijo al mozo:

—Miguel, todo esto está muy bien y honra á la generosidad de V.; pero...

—Sé lo que me va V. á decir,—interrumpió el jóven.

—Ya comprenderá V. que la felicidad de mi hija y mis deberes paternos...

—D. Justo, ¿ha leído V. *La Correspondencia* de esta mañana?

—No, no leo más que la de la noche.

—Entónces, tome V.

Y Miguel alargó el periódico á su futuro suegro. Los ojos de éste cayeron sobre el siguiente suelto:

«En altos círculos oficiales oimos anoche tributar calurosos elogios al jóven y ya eminente hacendista D. Miguel Otañes, por la consumada habilidad y ventajosas condiciones con que, comisionado dicho señor por el Gobierno, ha sabido negociar en Inglaterra el empréstito de cien millones de pesetas ó sean próximamente cuatro millones de libras esterlinas, de que hace algun tiempo hablamos á nuestros lectores. Este empréstito, sobre aliviar de un modo considerable las cargas del Tesoro, permitirá al Gobierno explotaciones ántes imposibles, cuyos rendimientos abrirán las fuentes de la riqueza pública. El señor Otañes ha regresado á Madrid; le felicitamos sinceramente á él y al ministro del ramo.»

—De modo...—profirió D. Justo, estupefacto.

—Que aquí me tiene V.,—respondió Miguel,—dispuesto á casarme con Lucía cuanto ántes.

—En efecto, había oido hablar de ese famoso empréstito; pero ignoraba... ¿Cuánto le ha producido á V.?

—El uno por ciento de comision, unos cuatro millones de reales.

—Pues, como vulgarmente suele decirse, se ha puesto V. las botas. Pero ¿cómo diablos se las arregló V. para...

—Ha sido un triunfo del amor. Mi bufete producía una miseria; yo anhelaba á todo trance la mano de Lucía. Comencé á fraguar mil proyectos arriesgados.

Miguel, á semejanza de algunos hombres, cuando rebotaba felicidad, se hacia un poco pedante, y no pudo contener un latinajo:

—*Nemo sua sorte contentus est*, nadie está contento con su suerte,—prosiguió.—Por esta razon sin duda, existe cierta desorganizacion social que no sé si V., D. Justo, habrá observado.

—No á fe.

—Nadie está contento con ser lo que es, y muchos cambian de oficio ó profesion; el poeta, pongo por caso, se hace político; el político, millonario; el millonario, á fuerza de juego y trampas, pordiosero; el médico, autor dramático; el arquitecto, editor; el comediante, crítico ó poeta; y en cuanto á comediantes, no hay que hablar, porque todos lo son.

—¡Lo que sabe este chico!—pensaba D. Justo.

—Pues bien,—continuó Miguel,—por no ser ménos, yo, siendo abogado, me metí á hacendista.

—Pero ¿si no tenia V. una peseta!

—Precisamente por eso me metí, porque el que la tiene la pierde, y el que no, la gana. Yo conocia á fondo la economía política, el derecho mercantil, el internacional, el administrativo, la lengua inglesa y no sé cuántas cosas más que había estudiado y de nada me servian. Oí hablar del empréstito como de una cosa difícil, no decidida aún, y me propuse explotarlo. Es verdad que yo no trataba al ministro del ramo, pero trataba á su mujer, lo cual era casi preferible; V. la trata ó la conoce tambien, fué tertulia nuestra.

—No sabia...

—Pues sepa V., además, que con frecuencia la política y la hacienda las manejan nuestras mujeres, con unos hilos muy delgados, tan sutiles, que no se ven. ¡Ah! Se horrorizaria V. si observara la política entre bastidores. El ministro, el diputado, el hombre público, muchas veces no son más que *fantoques* pendientes de los hilos de la pasion ó del capricho, de cuyos hilos tiran ó aflojan á su antojo la hermana, la novia, la esposa ó la manceba. Así anda, en cambio, la cosa pública. Pues, como iba diciendo, nuestra ministra de Hacienda es una señora muy honrada y muy discreta; es amada y ama con pasion á su marido. Cultivé la amistad de ella, simpatizamos, lo solicité y me puso en relaciones con el ministro, que á la sazón, como Diógenes, buscaba un hombre. Mi audacia, no, mi amor, hizo lo demás.

Cuando le propuse ir á negociar el empréstito:—¿Qué años tiene V.?—me preguntó.—Voy á cumplir los veintisiete.—Pocos son.—¿Qué importa?—le repliqué,—¿no vemos viejos niños y niños viejos? Estas palabras le hicieron mella.—¿Habré dado con otro Salamanca?—murmuró. Yo estaba decidido á todo.—¿Por qué no?—le contesté. Y apenas hubo él accedido á mis deseos, tuve yo otro golpe de audacia, ó de amor, como quiera V. llamarlo.

—¿Cuál?—profirió D. Justo, asombrado.

—Pues ahora no voy á Lóndres,—dije al ministro,—si no es con una condicion.—¿Eh?—exclamó como si le hubieran aplicado un latigazo.—Ahí la tiene V.—repuse, entregándole una nota, en la cual pudo leer estas palabras: «Se desea la reposicion de D. Justo del Cigarral en su destino de...» etc., ya sabe V.

—¡Miguel, es V. una alhaja!—prorumpió, entusiasmado, el padre de Lucía.

—Mi osadía ante el ministro le hizo gracia.—Basta,—profirió,—hablaré del asunto á mi compañero de gabinete, y dese V. por complacido.—Siendo así, estoy á sus órdenes.—Apercíbase V. para el viaje. Como quiera que me lo pagaban y no habia de ir hecho un pordiosero, me entregaron una respetable cantidad en metálico y en letras sobre Lóndres. Yo tenia algunos ahorrillos que iba atesorando, con objeto de invertirlos en algo que á Lucía y á mí nos produjera: compré con ellos un reloj de oro, porque un reloj de níkel, ya V. ve, señor D. Justo, ir á negociar con un reloj de níkel un empréstito de cien millones de pesetas era bochornoso. Compré, pues, el reloj con mis ahorros, y entregué el resto á mi familia. Por aquellos días hice una escapatoria á Toledo para despedirme de Vds.; empero, reflexionando luégo que tal vez disgustara á Lucía mi viaje, que V. y ella me acosarian á preguntas, resolví callar y despedirme por escrito, segun lo verifiqué.

—Una locura hizo V., con todo.

—¡Una locura!

—Sí tal; la de encargar en casa de Ansorena esas alhajas por valor de quince mil duros.

—¡Ah! Sabia V....

—Y tambien mi hija.

—Pues, mire V., señor D. Justo, una calaverada, lo confieso; aquello fué quemar mis naves: necesitaba algo que me obligara á no salir de Lóndres sin haber recabado para España los cien millones; tenia, además, una vivísima impaciencia por casarme, á ser posible, el mismo dia de mi regreso, y queria las alhajas á mi gusto. En último resultado,—todo lo pensé,—si mis gestiones fracasaban, nadie está obligado á pagar lo que no toma: con dejar en su tienda el aderezo, no habia quien, en honor de la verdad, pudiera llamarme estafador. Luégo, Ansorena lo venderia fácilmente; el aderezo es precioso, y nuestras damas, bien lo sabe V., se desviven por las joyas.

—Paso por ello, sea. Pero ¿cómo diantre nos ocultó V. el objeto de su viaje? Con saberlo nos hubiéramos ahorrado muchas inquietudes.

—¡Ah! Bastante lo sentí. Tenia motivos, en mi concepto poderosos, para callar: el amor propio del ministro, los periódicos de oposicion, el natural temor á un fracaso... En fin, ello es que Su Excelencia me encargó la reserva más absoluta, y hasta anoche, despues que hubimos examinado el asunto bajo todos aspectos, no permitió que fuese divulgado.—Cállesele V. á su propio padre,—me habia dicho. Y yo, fiel á la consigna, no se lo dije ni á mi novia.

—Miguel, eres un mozo de provecho!—exclamó D. Justo, tendiéndole la mano y apeando el tratamiento. Tengo una verdadera satisfaccion en casarte con mi hija.

—A pesar de ello,—respondió el jóven,—no es completa mi alegría.

—¿Cómo así?

—Me he enriquecido á expensas del Estado; hubiera podido desempeñar gratuitamente ó por un módico estipendio, la misma comision.

—¡Bah! No te apures por eso. ¡Buenos están los tiempos para andarse por las ramas! Cualquiera otro hubiera hecho lo que tú, y en igualdad de circunstancias, mejor es que esos millones paren en manos de un hombre honrado, el cual, por añadidura, ha sabido merecerlos.

—¡Amor, tirano amor,—balbuceó Miguel,—no hay conciencia que no tuerzas, ni voluntad que no doblegues!.

En aquel momento abrióse la entornada puerta de la estancia y apareció Lucía. Al verla, Miguel sintió desvanecerse todos sus escrúpulos, como los rayos del sol desvanecen la vaporosa niebla.

La jóven, llena de ansiedad, dirigió á su padre una mirada interrogadora. D. Justo se contentó con responder:

—Tranquilízate, hija mia, Miguel es digno de tí y nos honra al aceptar tu mano.



El joven se inclinó modestamente. En cuanto á Lucía, satisfecha con estas palabras, sintió que el amor usurpaba el puesto á la curiosidad y no quiso saber más.

La alegría iluminó aquellos tres semblantes.

—No he perdido un segundo para apresurar el anhelado instante,—dijo Miguel;—además del contrato matrimonial, que sólo espera nuestras firmas, todo se halla preparado. Mañana es el tercer aniversario de nuestro feliz encuentro en el Circo de Price; pues bien, mañana á la una, á la Vicaría; á las siete, comida de familia en Fornos, y por la noche, al Circo, donde nos conocimos.

—Pero ¡si este año no hay leones!—exclamó Lucía.

—¡Y á tí te aburren los clowns!—añadió D. Justo.

—¿Qué importa?—repuso Miguel. Bien cuadra la filosofía al hombre insensible ó desgraciado; cuando uno siente y es feliz, nada analiza, todo lo ve de color de rosa, y un clown se le antoja un dios.

X

La antevíspera de la boda el joven preguntó á su amada:

—¿Te gustan los viajes?

—Los adoro.

—¿Qué país prefieres visitar?

—Amo la historia, el arte y la naturaleza.

—Comprendido, iremos á Italia y á Suiza.

—¿Y mi padre? ¿Y el tuyo y tu hermana?..

—Segun nuestras instrucciones, cuidarán de amueblar en tanto la casa cuya construcción toca á su término, y que ha de albergarnos á todos á nuestro regreso.

—¿Qué casa?..

—La de enfrente, la misma que has visto construir desde tus balcones. Habitemos los cuartos segundos, y el resto para renta.

—¿Pero es nuestra esa casa?

—La he comprado en un millon.

Lucía recordó las palabras de Julia. Cuando ésta las profiriera, se hizo eco de una murmuración sin fundamento. Más tarde Miguel, viendo la casa, se enamoró de ella y la adquirió; de suerte que esta vez la murmuración, como el asno de la fábula, habia hecho sonar la flauta por casualidad.

Corta, pero escogida concurrencia asistió á la ceremonia nupcial, que se celebró con toda solemnidad y lucimiento. Segun es de suponer, no faltó Rosa, la hermana de Miguel, y el mismo D. Fernando, padre de ambos, se hizo conducir al templo, á pesar de su gota y sus achaques. Clara, aunque fué convidada, se excusó desde Toledo, no queriendo hallarse en presencia del hombre á quien habia ultrajado, más que por gusto ni mala voluntad, por distraer su ociosa y raquítica imaginación.

Julia fué la que hubo de sonrojarse y prometerse para lo sucesivo mayor comedimiento, al ver á la digna y simpática ministra servir de madrina á la novia.

Como quiera que el novio comenzaba á gozar de alta consideración, y algunos admiradores oficiosos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ya le indicaban para la cartera de Hacienda, con la que él ni siquiera soñaba, no hay para qué decir si los regalos fueron espléndidos y los bombos ruidosos.

XI

Lucía, ebria de felicidad, no habia vuelto á devanarse los sesos acerca de la improvisada fortuna de Miguel, cuyo origen, con la preocupación y quehaceres de la boda, tampoco D. Justo le habia revelado.

Hospedándose de paso para Italia en un lujosísimo hotel de Paris, despues de cambiar entre finas



GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Cardier  
Inspirado en la novela de Victor Hugo *Los Trabajadores del mar*

holandas las dulces primicias de su amor, la esposa dijo al esposo:

—¡Con que te habia caido el premio grande!

—Sí,—respondió él.

—¡Y te lo tenias tan callado!..

—Todo el mundo lo sabia.

—Todo el mundo... menos yo.

—Pero ¡si el premio grande eres tú misma!.. ¿A qué mayor premio podia yo aspirar?

Ella iba á formular una protesta, cuando Miguel le selló los labios con un beso.

En cuanto á Lucía, juzgando suficientemente premiado el billete de su existencia, no volvió á acordarse de la lotería.

JUAN TOMÁS SALVANY

CRONICA CIENTIFICA

MÁQUINA DE VAPOR SIN FUEGO Y SIN HUMO

En un periódico científico de los Estados-Unidos hemos leído la descripción de la máquina de M. Moritz Honigmann de Grevenberg, que segun parece ha sido ya empleada en la tracción de algun tramway, y que es aplicable á estas vías así como á ferro carriles subterráneos, túneles y minas por la circunstancia especialísima y recomendable en alto grado de no exigir fuego ni producir humo; y no creemos fuera de propósito, dar á nuestros lectores habituales, una ligera idea del nuevo é interesante invento.

Trátase de una máquina de vapor: el agua convertida en flúido aeriforme constituye la fuerza motriz, ni más ni menos que en las locomotoras ordinarias: existe como en estos aparatos y como en las máquinas fijas ó en las máquinas marinas una caldera donde el líquido hierve:

cada kilogramo de cok, que á razon de 425 kilográmetros por caloria son 3.400,000 kilográmetros; la sosa cáustica y el agua tambien gozan de gran afinidad, tambien se combinan si se hallan en presencia y tambien desarrollan cierta cantidad de calórico al unirse en los estrechos lazos químicos de un hidrato.

Tal es la clave de la nueva máquina que describimos: en ella se utiliza la absorcion del agua ó mejor dicho del vapor por la sosa cáustica: ésta es en cierto modo el combustible, el vapor de agua hace el papel de oxígeno de la combustion ordinaria, y el calor desprendido en dicha absorcion es el que calienta la caldera.

Entremos ahora en algunos pormenores.

Todo el mecanismo redúcese á los siguientes elementos:

- 1.º La caldera generadora de vapor.
  - 2.º El cilindro motor y las demás piezas receptoras como en las máquinas ordinarias.
  - 3.º Alrededor de la caldera un depósito de forma adecuada con sosa cáustica ó con una solución concentrada de esta sustancia, por ejemplo, 500 kilogramos.
- Y esto es todo: ni más hogar, ni más carbon, ni más fuego, ni más chimenea, ni más condensador: y con esto trabaja un tranvía durante cinco horas segun los datos que tenemos á la vista.

Hé aquí ahora la explicación.

El hidrato de sosa desarrolla una gran cantidad de calorías para su formación, y áun otras nuevas calorías para nuevas disoluciones. Este calor evapora el agua de la caldera no de otra suerte que el calor de los hogares hace hervir el agua en las máquinas ordinarias.

Se produce, pues, vapor á 7 atmósferas, pongo por caso, y á la temperatura de 165° que es la que corresponde á esta presión y actúa en el cilindro motor sobre el émbolo desarrollando cierto trabajo, 4 caballos de vapor, por ejemplo, para lo cual consume 0,7 de caloria.

Despues de haber perdido esta cantidad de calor, ó

pasa despues á los cilindros motores donde funciona por los procedimientos ordinarios, y hasta aquí nada hay nuevo ni distinto de lo que todo el mundo conoce y ve diariamente en fábricas y vías férreas.

Pero aquí empieza lo extraño y lo paradójico: no hay hogar (al menos en la apariencia), ni fuego, ni combustible, ni humo.

Decimos que nada de esto hay en la apariencia, pero en la realidad hay combustible y combustion, y si no hay humo quedan al menos cenizas.

Sólo que es preciso ampliar estos conceptos de combustion y de ceniza, con arreglo á las ideas modernas de la química y de la termodinámica.

Toda combinación química en que hay desarrollo de calórico es una verdadera combustion para nuestro objeto: todo cuerpo que en presencia de otro es solicitado por la afinidad de ambos es un combustible; y todo residuo químico, ó sea todo producto cuyas afinidades estan saciadas, es un verdadero residuo y una verdadera ceniza para el caso.

Lo que á la industria le importa cuando busca fuerzas motrices es encontrar cuerpos que deseen combinarse (si esta palabra deseo es lícita tratándose del mundo inorgánico); lo que le interesa es que el trabajo de combinación sea enorme y que el desarrollo de calórico sea el mayor posible; lo que contraría y mata toda aplicación es encontrarse con sustancias inertes, saciadas y muertas, que todo es uno para nuestro problema dinámico.

Encuentra la industria carbon de piedra en las galerías de las profundas minas, tiene aire en todas partes, descubre que el oxígeno de éste y el carbono de aquél poseen afinidad invencible, y los pone en presencia y en condiciones favorables para que se unan: despues recoge el calor que el choque archimicroscópico de las moléculas ó de los átomos de ambas sustancias engendra y lo utiliza como potencia motriz en el vapor.

No es otra la teoría de esa admirable máquina que da nombre á nuestro siglo.

Y no es otra tampoco la teoría de la máquina de Moritz Honigmann.

Si el carbono y el oxígeno tienen gran afinidad, si apeteen combinarse, si al combinarse desprenden unas 8,000 calorías por



mejor dicho, de haberla transformado en energía mecánica, llega al depósito del hidrato de sosa que lo absorbe, desarrollando una gran cantidad de calor, tanto que puede elevar la disolución a más de 300° y este calor es precisamente el que activa el hervor de la caldera, el que evapora nuevas cantidades de agua y el que actúa en la máquina como fuerza motriz. Es decir que la absorción del vapor por la sosa engendra vapor, y la nueva absorción de este nuevo vapor, otra cantidad nueva y así sucesivamente.

¿No es esto el movimiento continuo? preguntará algún malicioso ó algún desconfiado.

No ciertamente y ya hemos explicado porqué.

Tanto no lo es, que así como el carbon despues de absorber cierta cantidad de oxígeno no puede absorber más y se convierte en humo y en cenizas, así la sosa despues de absorber cierta cantidad de vapor, no puede absorber nuevas cantidades y el hidrato de sosa, ya inerte y diluido con exceso, es la verdadera ceniza de aquel singularísimo hogar. Es preciso por lo tanto sustituir la sosa consumida por nueva sosa al cabo de cierto número de horas.

Nótese además que al absorber el depósito de sosa el vapor que acaba de actuar, no altera la presión primitiva de dicho depósito, la cual continúa siendo de una atmósfera y no más que de una atmósfera, circunstancia importantísima, porque esa presión es la *contrapresión* del cilindro motor.

Pero tal sistema, dirá tal vez alguno de nuestros lectores, debe ser muy caro: ¡ahí es nada! ¡sustituir sosa al cok! ¡hidratar un álcali en vez de quemar carbon de piedra! la idea podrá ser exacta en teoría y aún prácticamente posible, pero bajo el punto de vista económico debe ser en extremo costoso dicho sistema.

La objeción es fundada, pero el inventor sale al encuentro y la desvanece con facilidad suma.

Cuando la sosa está bien hidratada y bien disuelta, cuando es incapaz de absorber nuevas cantidades de vapor y de engendrar nuevas calorías, se retira el depósito sustituyéndolo por otro en plena actividad, y se lleva el ya gastado á la estación central del tranvía á regenerarlo, es decir á evaporar por medio del fuego toda el agua que absorbió la sosa cáustica. Segun los datos que nos suministra el periódico americano de donde extractamos esta noticia, con una libra de cok se evaporan diez libras de agua y vuelve á su primer estado y en disposición de actuar de nuevo la sosa empleada, la cual de este modo no se consume nunca ó al ménos dura meses y aún años.

Vemos que, en último resultado, la verdadera fuerza motriz es la que engendra la combustión del cok empleado para regenerar la sosa; sólo que se quema en la estación en vez de quemarse en la locomotora.

El ciclo de la operación queda con lo dicho completo y cerrado.

1.º El agua y la sosa cáustica están separadas á cierta distancia una masa de otra; como un peso en lo alto de una torre y abajo el suelo, la tierra, la gran masa atractiva.

2.º El agua ó sea el vapor y la sosa cáustica se unen en el depósito de la locomotora, absorbiendo esta á aquel, que es como decir precipitándose uno á otro, que es, repetimos todavía, como si cayese el peso desde lo alto de la torre al suelo. En esta unión se desarrolla calor y de este modo el depósito de sosa se convierte en verdadero hogar de la locomotora.

3.º El vapor engendrado, despues de actuar como fuerza motriz, va al depósito de sosa, con una contra-presión de una sola atmósfera, y alimenta aquella especialísima combustión que en este caso llamase *hidratación y disolución*.

Es decir que condensador y caldera en esta clase de máquinas todo es uno.

4.º La sosa ya inerte; ó de otro modo, la sosa cáustica y el agua ya unidas, que es como decir *el peso al pié de la torre* y su energía ya gastada, llévanse á la estación central donde por medio de la combustión del cok se separan. Lo cual equivale á volver á subir el peso á lo alto de la torre, á preparar un nuevo trabajo motor, á transformar la afinidad ya satisfecha del carbon y el oxígeno en afinidad potencial de la sosa y del agua.

Tal es la teoría de la nueva máquina en sus rasgos generales: un estudio más detenido, un juicio crítico completo de los datos numéricos consignados sobre los cuales hay mucho que decir, y una apreciación técnica del invento sobre el cual algo hay que decir también, todo esto en suma no es materia propia para artículos de mera propaganda.

Nos limitaremos pues á resumir las ventajas del novísimo sistema segun su inventor.

*Primera.* La máquina ni lleva fuego ni da humo.

*Segunda.* La contra-presión es constantemente de una atmósfera.

*Tercera.* El condensador y el hogar son una misma cosa, porque están reducidos al depósito de sosa cáustica.

*Cuarta.* Si bien es cierto que al fin y al cabo la verdadera fuerza motriz que se consume es la del cok que se quema para regenerar la sosa, no es ménos cierto que la combustión puede hacerse en condiciones *mucho más económicas* en una estación fija que en una locomotora en movimiento.

*Quinta.* El peso de la máquina es muy reducido en comparación con el de las máquinas de vapor análogas. «Donde se necesita, dice el inventor, una máquina de 10 toneladas de las últimas, basta con una máquina de 4 toneladas, de las mías.»

Y ya sólo nos queda una observación para concluir. Hemos hablado muchas veces de la energía del calor solar: pues hé aquí un nuevo medio de utilizarlo.

En vez de emplear cok para regenerar la sosa, empléese el calor del sol en evaporar el agua, y la energía dinámica del álcali perenne é inalterable será como el ave fénix que renace de sus propias cenizas.

JOSÉ ECHEGARAY



LA LECTURA, cuadro por la señorita Diana Coomans

## EL SALON DE LA MODA

PERIÓDICO ILUSTRADO INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS

SE PUBLICARÁN 24 NÚMEROS AL AÑO CON FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS, ETC.

LA SECCION DE LITERATURA CONTENDRÁ: NOVELAS, REVISTAS DE TEATROS Y SALONES, CRÓNICAS, INFORMES Á LAS SUSCRITORAS, ECONOMÍA DOMÉSTICA, ETC., ETC.

PRECIOS DE SUSCRICION:—EN ESPAÑA, un año, pesetas 15. Seis meses, pesetas 8. Tres meses, pesetas 4'50 EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. Seis meses, 1600 reis. Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Los Sres. suscritores á la Biblioteca Universal pueden recibir el periódico EL SALON DE LA MODA con un 50 POR CIENTO DE REBAJA sobre los precios de suscripción